

Los aliados de la gloria*

Braun se echó el sombrero gris perla hacia la nuca y recostó su cuerpo macizo, ya engrosado por los cuarenta, en el respaldo de la silla de Viena. Hacía quince minutos, a reloj, que aquella locomotora resoplaba afuera, yendo y viniendo entre los tilos de la estación para tomar el desvío que llevaba a los galpones. En el bar recién barrido había un olor vago a fernet rancio y aceitunas, y en el espejo descascarado, al que flanqueaban un óleo del acorazado Pueyrredón con mar picada y un afiche de cerveza, se reflejaban la cabeza espectral del patrón, volcada sobre un diario, los hombros cargados y la triste cabeza metálica de un cisne, volcada también sobre el estañó opaco y deslucido. Dentro de unos minutos vería a Cirilo cruzar la plaza y dirigirse hacia el boliche, embretado en su traje negro, con ese aire de melancólica suficiencia que le había conocido en la jefatura política de Anquil, trayendo seguramente la autorización de Couture para actuar en el pueblo: dos noches a cambio del veinte por ciento, más alguna participación en las extras, si se presentaban, que clavado se las tragaba Cirilo. Antes de las doce el negocio estaría concluido, y él cruzaría a su vez bajo los lapachos de la plaza para comer con Dora en el Hotel Comercial; pero ahora descansaba, se dejaba estar en la mañana, oyendo los ruidos que venían del billar apoliado, tragando a sorbitos la medida de aperital con soda, olvidados en el fondo de su conciencia la gira, los baúles de prestidigitador, el frac brillante y remendado de las grandes noches, en una serena intemporalidad de molusco. Era agradable estar ahí, quieto, mientras Dora en el hotel iniciaría seguramente los preliminares de su larga toilette, entre el olor rancio de los pots con que cada día adulteraba las sombras y las fatigas de su rostro marchito. Seguramente se revolvería entre las sábanas, oyendo en la penumbra de la pieza alta los ruidos y las voces que a esa hora suben desde el patio, se miraría los muslos flacos, o la piel pecosa de los hombros, dura todavía sobre los huesos. Estiraría una pierna, con un gesto un poco ceremonial, y sentiría el roce áspero del cotín, o descubriría con la palma de la mano el hueco húmedo y tibio dejado por Braun. Toda una ceremonia, pensó él, mientras trataba de pinchar un trocito de mortadela en el plato casi vacío y la imagen de la pobre paloma se desvanecía en el cielo blanco y en el polvo del mediodía.

Era un cajón con borrosas pizarras grises, la estación, y la plaza con sus lapachos y sus canteros cuidados y esa vieja que iba y venía con la nenita del absurdo sombrero con cintas le recordaban, no sabía muy bien por qué, a la plaza de Villa Urquiza en el verano; aunque compadeciéndose pensó que no era la plaza, en realidad, ni la vieja, ni siquiera la nenita, ni la luz del mediodía, sino aquel perro café con leche desorientado en el centro de la plaza lo que se agrupaba en sus recuerdos, cuando por fin lo vio a Cirilo avanzando pausado bajo la sombra de los lapachos.

* Este borrador tiene fecha 28 de abril de 1967.

“Los de la empresa de Buenos Aires siempre los mismos bananas”, pensó Cirilo saludando desde la vereda el manchón gris y jubiloso de Braun. “Siempre tipos como éste, que a la legua se les huele el hambre, o como el cantante de ópera que tuvo que subir al escenario el comisario Barrada en persona porque lo mataban, pero nunca una buena compañía de bataclanas para que uno pudiera cambiar aunque fuese un par de noches, porque ya estaba esgunfiado de las chicas de ‘La Estrella’ y doña Augusta no renovaba (pero en eso de las bataclanas la culpa era de Couture, que la jugaba de moralista para no ponerse de pica con las viejas de la Sociedad de Damas); y el tipo era como los demás, un turríto muerto de hambre”.

–Aprobado, che –dijo Cirilo palmeándolo familiarmente y dejándose caer a su lado. Siempre que se trata de espectáculos para familias el “dotor” está de acuerdo.

Braun hizo una inclinación obsequiosa.

–¿Gusta un batidito?

–¡Venga! A la boca, sopa... y no se me olvide del contrato, ¿no?

–¡Palabra de caballero, por favor!

(Siempre era igual, pensó melancólicamente Braun mientras Cirilo vaciaba un cuarto de sifón en su medida de aperitivo: la llegada a la caída de la tarde, el mateo para cruzar los baúles al eterno hotel de viajeros, la visita de rigor a la jefatura política para arreglar –en medio de simulacros y palabras cautelosas– el asunto de la coima, después la pasada por la confitería, para hacer cartel y semblantar al público, y en cada pueblo volvía a encontrar un Cirilo, más o menos jovial, blando, accesible, cortado a imagen y semejanza del jefe; y no era de los peores, ciertamente, Cirilo, y se habían entendido a la primera guiñada).

–Gran hombre el “dotor” Couture; ciudadano de orden, muy relacionado en la Capital. (Un poco de cartel con juego alto para mantener el entrenamiento). Un valor del partido, como quien dice; y además amigo de hacer una gauchada y político progresista, empeñado en que Anquil sea lo mejorcito del oeste.

–Me doy cuenta –musitó Braun, recordando el rancharío ceniciento que había entrevisto esa mañana al final de un absurdo boulevard con palmeras enanas.

–Y, dígame... (Ahora darle confianza, hacerlo entrar en el área). ¿“La Chacarera” sigue siempre en la calle Levalle?

–Hace tiempo que no voy por Avellaneda –respondió descuidadamente, mientras se abanicaba con el sombrero gris perla. (Nada que decirle. Nada. Nada, por lo menos, que él pudiera entender. Decirle, tal vez: me muero pero estoy contento. Un abrazo a Dora, a Pepe y a Cachito. o mejor: me muero de a poco, Cirilo. ¿No te parte el corazón?).

–Claro. Un valor, como le decía... y muy macho y pierna, don Braun.

(Dora se mueve indecisa entre potes de vaselina y ungüentos, siente la yema de los dedos deslizarse por el filo de la quijada, entrevé su mano pálida que sube y baja a lo largo de esa línea enflaquecida, vuelve a sentir la presión de las yemas sobre los párpados y bajo estas dos bolsas casi flácidas que se mueven flojamente de derecha a izquierda; subiendo, el roce de las cejas mal depiladas, bajando, la arista dura del pómulos bajo las bolsas violáceas. En la penumbra de la pieza

su cara es una mezcla extraña de dureza crispada y flojedad. Un olor denso, a perfume barato, la envuelve como un halo. En un ángulo del espejo la imagen de Braun, veinte años más joven, saluda con una sonrisa desde un amarradero del Tigre, y a su lado hay un perro lanudo que se esfuma en una mancha sepia que ya le ha comido la mitad del cuerpo. Otra mancha, del tamaño de una moneda de cinco, avanza hacia el hombro izquierdo de Braun. Dora contempla la imagen y siente que ellos son como esos tristes atados de ropa que al morir los viejos que viven solos se arrojan a la calle).

—¿Así que fue granadero, che? —Cirilo le palmeó las rodillas como si el otro le hubiera contado un cuento verde— ¡Un aliado de la gloria!

—Sí, —respondió Braun, desconcertado con la efusividad de Cirilo— y allí lo conocí a ese muchacho de Anquil del que le hablaba... Santillán... Uno flaco.

—“Manubrio” —hizo Cirilo tratando de recordar la cara de “Manubrio” Santillán—. No, ese ya no está en Anquil. Creo que se fue a Rosario con un francés acopiador de granos.

La mirada de los dos se perdió entre los árboles de la plaza, en una búsqueda inútil del perfil de “Manubrio” Santillán. (Se había ido después de la muerte del hermano porque don Laureano había empezado a hacerle la vida imposible y al otro por tape metido los dos tiros y sin irle nada en la cuerpeada quién lo metía a corajudo qué pistines ni pistines al pedo siempre se metían esos negros y al “Manubrio” aunque buen muchacho qué le deba por dejarse decir en los boliches que si don Laureano por aquí y que si don Laureano por allá y si no el orden quien carajo lo iba a imponer).

Una gran cabeza rubia —que Braun creyó haber entrevisto la tarde anterior en el andén de la estación— se acercó a la mesa con un paso lento y pesado, bamboleando un cajoncito de lustrar. Una gran cabeza idiota que parecía emerger del fondo de un acuario, en medio del ruido de las carambolas chingadas y las pitadas de la máquina que había reiniciado sus maniobras entre los tilos y los alcanforeros que se veían desde el bar. Braun siguió oyendo la voz de Cirilo que repiqueteaba sobre los vasos, examinado por la gran cabeza de pescado podrido.

—¿Qué mirás, tape? —se interrumpió Cirilo—. Vamos, andá, andá.

—¿Quién es? —preguntó Braun.

—Jacinto, un inocente..., y como le decía, estimado sargento Cabral, ese Santillán que usted dice sabía vivir con la madre y un hermanito medio diablo del otro lado de las vías, según se va para la laguna. La vieja debe seguir allí, si no estiró las patas.

(Es una noche de junio y está solo, haciendo su ronda en la niebla del patio ancho y desierto. Hace un frío áspero y desde el Casino le llega la voz del capitán Corrales, que se ha trenzado en una payada con el teniente Amilibia, que es radical y santiagueño. A ratos un viento seco y cortante atraviesa el patio rompiendo la niebla en pingajos. Entonces las voces se apagan y en la noche sólo se oye el metálico batir de una puerta de chapas, hacia el lado de las caballerizas, y ese resplandor de la ciudad, que se distingue más allá de los muros y del manchón negro de los árboles, parece alejarse sobre el río, arrebatado también por el viento. Y él camina solo, en medio de la noche, olvidado por todos, fumando su último cigarrillo en la fría paz de la noche, solo y feliz mientras el vago resplandor de la ciudad vuelve a posarse como un gran pájaro enfermo sobre las casas dormidas).

“Sí –piensa Braun, mientras rebusca una moneda entre la pelusa del bolsillo para dejarla de propina–, de aliado de la gloria a payaso de circo. ¡Qué escalafón, Dios mío! Si por lo menos pudiese rebuscarme con alguna timbita”.

–Esta tarde paso por el teatro para arreglar todo.

–No se olvide de mandar unas entraditas para los muchachos, profesor.

–Pierda cuidado... y si me permite una curiosidad: ¿Ustedes para qué quieren el veinte?

–Para hacer obras de caridad, gordito.

[...]